



La Santa Sede

***DISCURSO DE SU SANTIDAD PABLO VI
AL CUERPO DIPLOMÁTICO
ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE****

Sábado 15 de enero de 1977

Señores Embajadores:

Recibimos con emoción y gratitud la calurosa felicitación que vuestro distinguido intérprete nos ha dirigido a todos en nombre vuestro. No somos insensible a la deferente atención manifestada hacia nuestra persona ni tampoco a la importancia, a la esperanza con que se miran los esfuerzos de nuestro pontificado, los afanes de la Santa Sede y los llamamientos de la Iglesia.

A todos vosotros, Excelencias, expresamos también nuestros propios votos: por vosotros mismos, por la alegría de vuestras familias, por el cumplimiento de vuestra misión. Y más allá de vuestras personas, tenemos presentes en nuestro pensamiento a los pueblos que aquí representáis, cuya paz, bienestar y progreso llevamos muy dentro del corazón.

Por encima de todas las vicisitudes que nos pueda reservar el año 1977, os invitamos ante todo a compartir la esperanza que nos anima. Sin ella, no sólo seríamos desdichados, sino que además no nos atreveríamos a hacer nada. Por otra parte, en la esperanza, en su tenacidad, se encierra un misterio de la conciencia humana.

Al celebrar el comienzo del año nuevo, los hombres y los pueblos dan rienda suelta a su esperanza. Por ser más fuerte que las repetidas desilusiones y que los hastiados escepticismos, la esperanza recobra vida. Ello es debido a que se alimenta de una fuente que nuestros derroches o nuestras negligencias no sabrían agotar. Para nosotros esta fuente es Dios, el que ha creado el corazón humano y su ansia de absoluto.

El mismo Dios, al entrar en la aventura humana por la Encarnación de su Hijo, ha ampliado aún

más la esperanza hacia un horizonte de luz, de paz y de amor eternos. El Señor nos da, ya en esta vida, no sólo garantías sustanciales, sino también un gusto inalterable de estos bienes tan preciosos.

He ahí la Buena Nueva de la fe cristiana, que lleva dentro de sí una seducción y una fuerza de persuasión propias, capaces de regenerar y de consolidar la esperanza humana, incluso entre quienes no comparten nuestra fe. Es una Buena Nueva de paz.

Esto no impide ser realistas, al contrario. El mundo al que va dirigida esta Buena Nueva de paz, es un mundo que es presa de la violencia – éste será el tema principal de nuestro encuentro – ,

Es verdad que no hay guerras internacionales declaradas. El año que acaba de terminar ha visto restablecida una cierta calma en las regiones que todavía ayer estaban ensangrentadas por luchas cruentas. Nos alegramos de ello.

Pero, al igual que un fuego mal apagado, pronto a avivarse al primer soplo, la violencia está ardiendo lentamente y, durante este tiempo, sigue haciendo sus estragos; pongamos a modo de ejemplo: una criminalidad que no repara en medios; los sabotajes monstruosos; la concatenación del terrorismo y de las represiones; las torturas que envilecen; las condenas arbitrarias; la opresión de pueblos enteros por poderes inhumanos que no respetan ya las libertades ni los derechos fundamentales, ni las adquisiciones de las civilizaciones precedentes; las denegadotes de justicia; las connivencias o la protección indebidamente concedida a los terroristas; las venganzas privadas. En otro campo podríamos citar la agresión más disimulada de las conciencias por medio de la pornografía o la parcialidad de ciertos medios de comunicación social, así como la violencia, más radical aún, que tiende a eliminar de hecho la libertad de religión. La vida del hombre, en todos sus períodos, cuenta muy poco. Su misma dignidad resulta escarnecida.

La práctica corriente de la violencia y los esfuerzos desplegados para justificarla desgastan las conciencias y minan la cohesión de las comunidades.

Es ésta una situación tal que, si nos descuidamos, nos preparará nuevas y más terribles explosiones.

No olvidemos que en el origen de un buen número de violencias individuales y colectivas, hay injusticias o desórdenes graves, que de alguna manera constituyen una forma de violencia a los derechos de los hombres y provocan en parte esa concatenación que estamos deplorando. La acción sobre los síntomas – las violencias – no podría servir de coartada a la acción más decisiva sobre las causas: las injusticias. Hay que decir que los síntomas requieren también un tratamiento adecuado, so pena de que, desarrollándose, se conviertan a su vez en fuente específica de envenenamiento del cuerpo social, a veces más terrible que el mismo mal inicial. Es a esta

amenaza de una proliferación devastadora de la violencia a la que tenemos que prestar particular atención.

¿Cómo podemos atajar la escalada de la violencia? He ahí el problema. Vuestra experiencia de las relaciones internacionales, señores Embajadores, os hace comprender espontáneamente nuestra preocupación. Sabéis que la acción más decisiva es la que se remonta a las causas de las diferencias entre los pueblos. Presentís la necesidad de renovación en un mundo viejo debido a sus injusticias y obligado, si quiere sobrevivir, a entrar decididamente por la nueva vía de cambios profundos. ¿No es precisamente éste el estímulo que se proponía nuestra Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos? La Santa Sede contribuye, por su parte, participando en numerosas Conferencias internacionales, a promover un nuevo orden que sea capaz de hacer frente a las tareas presentes de la humanidad, absorbiendo totalmente las injusticias heredadas del pasado. Sin intentar proponer soluciones políticas y técnicas, invitamos a los Gobiernos a explorar las orientaciones renovadoras que la doctrina cristiana de la unidad de la familia humana puede aportar a todos estos debates.

La realización de estas grandes tareas quedaría muchas veces comprometida, y por largo tiempo, si las inevitables tensiones degenerasen en guerras declaradas. Tanto más cuanto que la acción diplomática se aplica con paciencia a contener estas tensiones, a mantener un espacio de diálogo, en orden a elaborar soluciones razonables.

Es más, vosotros trabajáis sin cesar por crear de nuevo ese espacio de diálogo cuando se halla momentáneamente sofocado por el recurso a las armas.

A este esfuerzo, también la diplomacia de la Santa Sede aporta su contribución en la medida de sus medios: con la misma suerte de incompreensión, de dificultades, de reveses que encuentran vuestros Estados, pero con la paciencia tenaz que no abdica jamás.

Defensor incansable de la paz, nosotros llamamos a todas las puertas abogando por entendimientos razonables que faciliten la posibilidad de nuevos progresos.

Pero nuestra reflexión debe ir todavía más allá de las causas lejanas de las injusticias o de los conflictos declarados. Debe descender al laberinto de la concatenación de las violencias que den explicación de su iniquidad, su peligro, su proliferación. ¿Qué es lo que encontramos a menudo en este campo, al menos de la violencia interna, que se engancha a los móviles políticos?

– Ante todo, nos encontramos generalmente ante una visión deliberadamente parcial de la realidad: no se quiere admitir que la injusticia divide, al abandonar las solidaridades que la historia ha tejido entre los hombres y los grupos.

– Después, se cava el foso para una presentación maniquea y farisaica de las responsabilidades:

la culpa es, siempre y en todas partes, de los otros. Se despegan de la realidad y se dejan atrofiar los elementos de unidad que ella contiene.

– Las ideologías de signo totalitario vienen a endurecer más la oposición, dividiendo rigurosamente a los hombres y a los grupos, acá, en «explotados y explotadores», y allá, en «amigos y enemigos». El espíritu que ha sido hecho para conocer la verdad y para invitar a los hombres a encontrarse en el diálogo y en el adelanto, queda movilizado y pervertido para tapar la mentira y mantener el odio.

En muchos países, el consenso nacional forjado a lo largo de los siglos, se está resquebrajando y, con los valores morales insustituibles para superar las injusticias que se deploran. Asalta entonces la duda sobre la legitimidad. En algunas partes la autoridad pública, encargada del bien común – ¡una noción muy olvidada! – se hunde en la impotencia, y el terreno es ocupado inmediatamente por el desarrollo de la criminalidad, de las venganzas privadas, de los egoísmos de grupos. En otros, se derrumba pura y sencillamente, y por un tiempo reina casi sin límites la violencia. En otras partes, el poder se endurece, reprime hasta la tortura a los opositores, cuando una brutalidad extrema y duradera no ha logrado, tras un cierto tiempo, desalentar y sofocar toda veleidad de oposición.

Hay que romper este círculo de la violencia. Hay que restaurar en primer lugar un enfoque más leal de la verdad de los hechos y de su análisis. Hay que consolidar la convicción de que, si la realidad individual y social está marcada por fisuras profundas – la doctrina cristiana sobre el pecado desvela su abismo –, resulta no obstante marcada también en su misma constitución por la solidaridad y la unidad: el Creador ha grabado esta solidaridad y esta unidad en la familia humana y, para nosotros los cristianos, el Hijo de Dios hecho hombre les ha dado una fuerza nueva enraizándolas más íntimamente aún en el misterio de su Cuerpo místico. Desde entonces, el auténtico dinamismo del esfuerzo en favor de la justicia, sean cuales fueren las presiones a través de las cuales debe abrirse camino a veces, es respeto y amor del prójimo, incluso del enemigo, voluntad de reconocimiento mutuo y de reconciliación.

Sí, señores, imaginemos caminos nuevos donde, sin renunciar a la crítica, el espíritu ponga coherencia y el corazón suscite el diálogo. En lugar de estimular los instintos frecuentemente agresivos de la riqueza, del poder, del nacionalismo estrecho, de la raza, del sexo, aprendamos a dominarlos y a integrarlos en finalidades personales y sociales más altas.

Demos a nuestras sociedades un tejido social vivo y pluralista, donde se construyan las verdaderas solidaridades y donde las tensiones puedan absorberse en un esfuerzo común de promoción. El poder político hallará entonces su verdadera legitimidad, que es la de «orientar hacia el bien común las energías de todos: no de manera mecánica o despótica, sino actuando ante todo como una fuerza moral que se apoya en la libertad y en el sentido de la responsabilidad» (*Gaudium et spes*, 74, 2). La coacción que el poder político debe ejercer a veces

y cuyo monopolio le está normalmente reservado para evitar la concatenación de venganzas privadas y la explotación del débil por el fuerte, tiene su fundamento en las verdaderas necesidades del bien común que le impiden tanto la denegación de justicia como la arbitrariedad. A mayor razón, debe velar por i no permitir que otras entidades se arroguen dentro de la nación una autoridad indebida y la ejerzan de manera irresponsable.

Vosotros mismos, señores Embajadores, conocéis por experiencia la inutilidad de los esfuerzos por la paz internacional cuando la violencia reina dentro de las naciones. Evidentemente, a este nivel, la acción diplomática no puede ser más que indirecta y limitada. Sin embargo, en más de una ocasión, los Embajadores y nuestros propios Nuncios, con la debida discreción y sin ingerencias indebidas, han podido conseguir gestos de humanidad y de justicia en favor de los hombres, víctimas de situaciones perturbadas.

Pero la obra sobrepasa la buena voluntad de los gobernantes. Se hace necesario crear todo un ambiente. El reciente Concilio observaba sabiamente – a propósito de la guerra, y la violencia reclama un trato parecido –: «los que gobiernan a los pueblos, que son garantes del bien común de la propia nación y, al mismo tiempo, promotores del bien de todo el mundo, dependen enormemente de las opiniones y sentimientos de las multitudes. De nada les aprovecha trabajar en la construcción de la paz, mientras los sentimientos de hostilidad, de menosprecio y de desconfianza, los odios raciales y las ideologías obstinadas dividen a los hombres y los enfrentan entre sí. Es de suma urgencia proceder a una renovación en la educación (le la mentalidad, y a una nueva orientación en la opinión pública)» (*Gaudium et spes*, 82, 3).

Y en ello, presentís la importante contribución que la Iglesia, la Santa Sede, los cristianos pueden aportar.

Con libertad evangélica, están dispuestos a denunciar toda violencia, tanto la que amenaza las relaciones internacionales, como la que mina la vida interior de los pueblos. Pero ved con qué espíritu: no para acusar y condenar, sino para servir a los hombres y a los pueblos, con el dinamismo del amor que brota de Cristo. Piensan en ayudar a los mismos responsables políticos, sin invadir sus propias competencias, y favorecen de cerca un clima verdaderamente respetuoso del hombre, sobre el cual pueda construirse una sociedad. Están convencidos de que el progreso corresponde en la exacta medida al peso del amor, de la amistad, de la fraternidad que sepamos poner, incluso en medio de los combates necesarios en favor de la justicia.

Cuando el pensamiento y la práctica del amor van juntos, se robustecen, como lo demuestra la experiencia. Cuando, por el contrario, la práctica obedece a una lógica de violencia, cuando deja aparte, aunque sea provisionalmente, las exigencias del amor al prójimo, cuando rehúsa por principio los entendimientos necesarios y leales, tiene todas las probabilidades de alterar, enemistar y ahogar la intención inicial de fraternidad y la misma voluntad de justicia.

Un amor verdadero, sí que puede crear espacios de paz.

Para poner más en claro el ideal que nos anima, que anima o debería animar a todos los cristianos – por más que la realidad muestre desafortunadamente que somos con frecuencia débiles e ilógicos en este campo –, nos permitimos evocar el misterio de Aquel cuya venida acabamos de celebrar.

La esperanza de Navidad ha brotado en un mundo endurecido como el nuestro: la matanza de los Inocentes ocurre cerca de la gruta de Belén; cerca también de la violencia de aquellos que intentaron eliminar a Cristo en el Calvario. Sin embargo Jesús, al que nosotros los cristianos llamamos nuestra paz, ha pasado por este mundo tan endurecido «haciendo el bien» (*Act 10, 38*), suscitando en muchos, sobre todo entre los más pobres, una experiencia de paz profunda, de liberación, de dulzura, de bondad. Pero Jesús tuvo que revelar también el amor aun en medio de hostilidades que jamás han sido superadas, a través de confrontaciones abrumadoras a las que nunca se sustrajo, que El mismo provocó muchas veces con el fin de despertar en las conciencias adormecidas en la injusticia, y para invitarlas a la conversión. En medio de todo esto, sin embargo, ha prevalecido un único y mismo amor, siempre dispuesto a servir, a ayudar, a perdonar; un amor que dijo la última palabra en el don libremente ofrecido de su vida y en el perdón supremo.

¡Algunos hablan de utopía! Pero, ¿no es un hecho que Cristo constituye desde entonces un manantial vivo de paz y de reconciliación para innumerables hombres y pueblos?

He aquí el ejemplo, lo sabéis muy bien vosotros, que inspira a los verdaderos cristianos, ya actúen como ciudadanos en conformidad con las finalidades y los medios propios de la vida política, ya participen en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Todo ello lleva en diversos países a los obispos y a los fieles a seguir a su Señor hasta el sacrificio de la propia libertad y a veces de la Propia vida, poniendo de manifiesto el espíritu de servicio y de paz que los anima cuando luchan por la justicia y denuncian la violencia.

Un espíritu de amor y de fe, preocupado en primer lugar de permanecer entre los que sufren, de revelarles que aun en medio de sus miserias son amados por Dios, de ofrecerles junto con la esperanza nuevas energías para trabajar por la justicia, por la fraternidad, por la reconciliación.

Bien saben ellos que cuentan con nuestro respeto, nuestro aliento y nuestro afecto.

Nosotros sentimos el deber de recordar el sentido de su testimonio ante Vuestras Excelencias y ante aquellos que os acreditan ante la Santa Sede.

A vosotros mismos, señores Embajadores, lanzamos una llamada apremiante, de la que podréis

haceros eco ante vuestros gobernantes: cortad la escalada de la violencia.

Vuestra formación, vuestra misión, vuestra competencia os hacen más aptos que otros para comprender la complejidad de los problemas y las injusticias que ellos encubren, para escuchar los distintos puntos de vista, para buscar soluciones negociadas y acuerdos razonables y aceptables.

Vuestro rol de diplomáticos os coloca precisamente en las antípodas de las soluciones de violencia. De este modo podéis contribuir a impedir la escalada de las injusticias y violencias.

¡Sed firmes en rechazar la injusticia! ¡Sed fuertes para imaginar y realizar gestos de equidad, de humanidad, de paz que deshagan la madeja del tejido apretado de la violencia! La humanidad espera de vosotros este servicio: es vuestro honor, es vuestro deber cooperar a ello.

Sí: cortad la escalada de la violencia.

Para esto, ya lo hemos subrayado fuertemente, es necesario el amor, un amor a los hombres, a todos los hombres, por encima de miedos, de cálculos y de intereses. En el umbral del año nuevo pedimos también al Todopoderoso que efunda ampliamente su Espíritu de Amor en todos los corazones.

Estos son nuestros deseos que confiamos a vosotros. Ciertamente son grave, pero llenos de esperanza. ¡Que el Señor les haga encontrar un amplio consenso en el curso de este año de 1977! ¡Y que a vosotros y a vuestros seres queridos os colmen de gozo y de paz!

**L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, n.4, p.1, 2, 11.